



**El poder del cuerpo. Antología
de poesía femenina contemporánea**

Meri Torras (ed.)
Madrid, Castalia, 2009

Hace ya muchos siglos, una conocida escritora les decía a sus compañeras: “Querernos hacer ángeles estando en la tierra [...] es desatino”. Habla Teresa de Jesús, reivindicando la realidad de los cuerpos. Los cuerpos de las mujeres. En coherencia con sus palabras, Teresa habló, en efecto, desde su cuerpo, mientras los teólogos lo hacían desde las ideas (*verdaderas*). El cuerpo de Teresa habló a través de las fiebres, los sofocos o las llagas, el lenguaje que venía a ocupar el hueco de una ausencia. Luego trasladó ese lenguaje a la letra impresa, legándonos una de las prosas más intensas en lengua española. Como Teresa, las mujeres han hablado y escrito desde sus cuerpos, espacio condenado por el poder, que en su acción devastadora proclamó sin contemplaciones la condición animal –no racional– de las mujeres en conjunto. Cosas de la vida, o de la historia, buena parte del antiplatonismo contemporáneo viene a coincidir con aquella necesidad de Teresa de hablar desde las vísceras, desde las pasiones o desde las sombras, desde aquel *logos repartido por las entrañas* al que se refería Empédocles, y que tanto gustaba recordar a María Zambrano, otra escritora de la noche oscura. Porque siempre escribimos, mujeres y hombres, desde un cuerpo. El cuerpo, nuestra casa, a veces acogedora, otras inhóspita.

Todo esto viene a cuento de una “antología de poesía femenina contemporánea” que Meri Torras acaba de editar en la colección de Castalia, “Biblioteca de escritoras”, dirigida por Nieves Baranda Leturio, con la que se retoma la andadura editorial, iniciada años atrás por esa misma colección, que nos permitió disfrutar de textos de mujeres, de otro modo inaccesibles, desde la antigua poesía hispanoárabe hasta autobiografías de mujeres contemporáneas. A Meri Torras debemos ya algunos estudios y ensayos necesarios, atrevidos muchas veces, rigurosos siempre, atentos a la construcción de las identidades de género que, como ella misma ha demostrado, nunca es ajena a la impronta de los discursos del poder, a los que confirma o a los que se enfrenta pero que en todo caso no puede ignorar. El género depende, pues, de la acción, de la tecnología –también lingüística– de repetición o desvío de una norma que son *otros* los que dictan.

En esta ocasión, la voz de Meri Torras aparece al final del volumen, en el “Epílogo para curios@s”, aunque la oímos también en el resto de la antología en tanto mediadora de las distintas y variadas voces que se dan cita aquí.

La antología lleva por título precisamente *El poder del cuerpo*, y viene precedida de una conocida cita de Spinoza: “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”. En siete partes se distribuyen los poemas: “La resistencia de los cuerpos”, “Mater/ialidades corporales”, “Vestido[s] de[l] del cuerpo”, “[Auto]retratos”, “A batallas de amor...”, “El cronotopos del cuerpo” y “La escritura del cuerpo”. Son siete estancias en las que detenerse, a las que se nos convoca y se nos invita a entrar para disfrutar de este cuerpo de escritura –la tipografía y la distribución de los versos por la página parece responder a la voluntad de dar especial visibilidad a ese cuerpo textual–. Se trata de poemas que hablan del cuerpo, desde el cuerpo, con el cuerpo y contra el cuerpo. “Fuera de mi piel y su cubierta/ soy extranjera” dice un verso de la antología.

Se trata de poemas que son, ellos mismos, cuerpo. Cuerpo de escritura, cuerpo vivo de escritura, porque los poemas se dilatan como lo hace la respiración, tienen un ritmo, un movimiento, un tono, una duración. Por eso, a veces son armónicos, otras disonantes, a veces bruscos o violentos, a veces entrecortados. Pasa algo siempre en ellos, pasa la vida en su sucederse día a día, pasa la experiencia de esa vida en su sucederse en cada uno de los cuerpos. Después de tantos años de debate en la historiografía poética española en torno a la “poesía de la experiencia” –firmada demasiado mayoritariamente por nombres masculinos–, he aquí una antología que más que otras podría recibir con pleno derecho esa definición. Lo mismo que la cercana, aunque poco difundida, *Mujeres de carne y hueso*, de Manuel Francisco Reina de 2001, de la que Meri Torras se hace eco en el epílogo.

Son muchas las poetisas aquí convocadas –en torno a sesenta–, más sus respectivas traductoras en ocasiones, porque esta antología cobija, como un cuerpo generoso, poemas en castellano, catalán, gallego y euskera. Distintas son las lenguas, y distintos son también los lenguajes en que se expresan. Atendiendo a distintas perspectivas, son lenguajes que oscilan entre el realismo y el simbolismo, entre la política y la metafísica, entre la convención y la ruptura vanguardista. Se ha querido privilegiar de modo explícito la poesía escrita en los últimos años, aunque en realidad la antología recoge poemas desde 1995, por eso algunos de los nombres más consagrados (entre otros, Maria-Mercè Marçal, Olga Novo o Cristina Peri Rossi) conviven, también generosamente, con los más nuevos. El criterio cronológico no supone, no obstante, “vocación historiográfica” alguna, como la misma Meri Torras defiende en el epílogo. Lo que hay, tras la atención a la poesía más joven, es una “consideración tematólogica”, la experiencia del cuerpo, escrita aquí por mujeres pero cuyo alcance es, sin duda, universal. Es verdad que la temática del cuerpo de las mujeres ha ocupado a la crítica feminista desde los años setenta hasta la actualidad (Meri Torras se hace eco en el epílogo de Teresa de Lauretis o Judith Butler), pero esta antología no es sólo feminista. Sí es política en un sentido amplio, en tanto supone una reflexión o una propuesta sobre lo común. Y a lo común pertenecen, desde luego, las representaciones de los cuerpos, cuyo significado no acaba nunca afortunadamente, como demuestra esta misma antología, de saturarse.

Los cuerpos de esta antología se expanden y se contraen, se reprimen y se liberan, enferman y sanan, maduran y envejecen, se vacían y se llenan. Aparecen atravesados por cicatrices, por las huellas del tiempo y la degradación, o por la memoria gozosa. Son cuerpos interrogantes, buscando respuestas que no acaban de encontrar. Unos obedientes y mansos, otros rebeldes (“¿en qué momento veré la gracia de todo este asunto?”) o ácidos. Débiles y resistentes. Los hay también biodegradables. Mutantes. Suicidas. Travestidos. Son cuerpos que habitan o se desplazan por espacios a veces muy antiguos, como las cocinas, otras por tiendas actuales de moda. Los suyos suelen ser en todo caso espacios fronterizos, porque pocas identidades estables hay aquí. Los espejos siguen siendo a menudo lugar de la ilusión del reconocimiento (aduladores o crueles, depende del caso). Figuras de un imaginario tradicional, como la virgen María o Psique o Galatea, conviven con cuerpos tecnificados y postmodernos. La maternidad es tema que ocupa a esos cuerpos, lo mismo que la menstruación, o la existencia del otro, del amante, con quien se duerme como en las albas medievales, o por quien se muere en lenguaje de la mística renacentista. El lenguaje se crea –hay más de un neologismo en la antología– y recrea en estos poemas, para decir o desdecir los cuerpos, para engañarlos, reclamarlos, denunciarlos o reivindicarlos, para destruirlos o gozarlos.

El balance en conjunto de esta antología es positivo, y debe celebrarse su publicación. Como bien se sabe, no existe una antología ideal –también aquí, el destierro de Platón–. Lo sabe Meri Torras y a ello se refiere en su estuendo epílogo, adelantándose a la afirmación frecuente: no están aquí todas las que son. No lo están, en efecto. Se echan de menos algunos nombres, aunque hace ya tiempo que sabemos, sin embargo, que el “todo” dice “carencia”, y que no hay síntesis últimas. Bienvenido, pues, este cuerpo de poemas.

VIRGINIA TRUEBA MIRA
Universitat de Barcelona